

## Felipe nos debe un paquete de cigarrillos

Al hilo de una anécdota sucedida en los comienzos de la transición, el articulista, relevante figura de la oposición al dictador Macías, relata las promesas realizadas por los socialistas a los «resistentes» guineanos, que contrastan con el desinterés actual del Gobierno español hacia los asuntos de aquella ex colonia española.

**D**ESDE que el Partido Socialista Obrero Español asumió la responsabilidad de dirigir los destinos de España, hemos esperado los guineanos, junto a los numerosos españoles interesados en el tema, una definición clara sobre su política africana, y, más concretamente, sobre lo que estaba dispuesto a hacer con ese trozo de África que siente y habla en español. A estas alturas está perfectamente claro que, aun siendo independiente y por tanto soberano, Guinea Ecuatorial constituye uno de los jirones de la política exterior española que es preciso recordar, o tirar, dejándolo por imposible. Cualquiera de esas alternativas —opinable— debe ser asumida con valentía y claridad por el Gobierno de Madrid.

En la primavera de 1976, en plena ebullición predemocrática, recuerdo con nitidez que fui convocado —con los usos propios de la clandestinidad formal todavía imperantes— a la sede socialista, en la calle García Morato, hoy Santa Engracia. En el «estudio jurídico» del primer piso me recibió Luis Yáñez, secretario de relaciones internacionales, con quien dialogué durante dos horas sobre la

realidad de Guinea Ecuatorial, mi país, que a la sazón atravesaba una de las situaciones más difíciles que le haya tocado a país alguno.

Todo hay que decirlo: representaba un entonces, como secretario de organización, al movimiento más importante de la oposición a Macías, la Alianza Nacional de Restauración Democrática, hoy infelizmente atomizada en tantas facciones como militantes haya tenido, o casi. A su vez, el PSOE era uno de los grupos integrados en Coordinación Democrática, la «Platajunta», que parecía liderar Antonio García-Trevijano.

Y ése fue el eje de nuestra conversación aquella tarde, a solas. Pronto coincidimos en el rechazo del protagonismo ejercido por el notario madrileño y aspirante a la Presidencia de la III República española, el PSOE por razones que no me explicó (y que en cualquier caso pronto quedarían patentes) y la ANRD por algo elemental, por cuanto Trevijano seguía jugando (o había jugado hasta muy poco antes) un papel de primer orden en el sostenimiento del dictador Macías; y cualquiera puede comprender, aún hoy, que nos negáramos a perpetuar la tiranía en Guinea a través del encumbramiento de su mentor español. El PSOE quería pruebas, y se las proporcionamos. Así nació el luego famoso «dossier Trevijano», elaborado paciente y responsablemente por quien esto firma, y entregado poco tiempo después en mano a Luis Yáñez. Durante ese otro encuentro apareció brevemente por el pequeño despacho de Yáñez el secretario general, Felipe González. Fue la primera vez que le vi. Sobre la mesa estaba mi paquete de tabaco negro; Felipe me pidió un cigarrillo, se lo ofrecí, y, ante mi callada sorpresa —no exenta de simpatía al descubrirle un lapsus tan humano—, se guardó en su chaqueta de pana mi paquete y mi mechero.

El hecho de que el secretario general asistiera, siquiera brevemente, al acto de entrega del

«dossier» me permitió concebir esperanzas —transmitidas a mi organización y contrastadas en otras ocasiones con Yáñez y algún otro responsable socialista— de que con el PSOE, cuya posterior importancia ya se vislumbraba en el horizonte político español, se podía iniciar una seria colaboración entre las nuevas generaciones españolas y la nueva Guinea que se intentaba construir.

Mucho se ha dicho desde entonces sobre el «dossier Trevijano», y la mayoría de las interpretaciones sobre su «por qué» son radicalmente erróneas, que por responsabilidad política nunca se habían desmentido. Incluidas las del propio Trevijano y las de ciertos políticos guineanos que se apropiaron de su autoría, cuando la verdad es que se enteraron de su existencia por la Prensa, como el resto del mundo. No dejaría de ser un síntoma, nada ético, negar o minimizar ahora la importancia histórica de aquella colaboración entre la oposición democrática guineana y la oposición democrática española, entre la ANRD (sector histórico) y el PSOE (sector renovado), puesto que gracias a tal colaboración pudo Enrique Múgica declarar su «incompatibilidad moral» con Antonio García Trevijano, su partido abandonando la «Platajunta» (que de esta forma se desmoronó) e iniciarse la verdadera transición política en España (recuérdese los primeros contactos, reservados, entre Adolfo Suárez y Felipe González), con un partido socialista moralmente fortalecido por su oportuna denuncia de todo oportunismo y convertido, a los ojos del pueblo español, en vanguardia de la moralidad política. De todo esto pueden dar testimonio otras prominentes figuras —políticas y no políticas— de la España actual.

Pero, a medida que se consolidaba la alternativa socialista, íbamos descubriendo una progresiva tibieza en el apoyo de los socialistas españoles a la causa de la libertad en Guinea

Ecuatorial. Tuve ocasión de decirlo públicamente en San Sebastián, en presencia de Felipe y de Múgica, con ocasión del I Congreso del Partido Socialista de Euskadi, precisamente aquel en el que salió elegido, por primera vez, Txiki Benegas secretario general, en la primavera de 1977. Entonces se nos pedía paciencia, «esperad que pasen las elecciones generales y luego ya verás cómo nos volcamos en vuestro problema», y tras las elecciones vino la aprobación de la Constitución como meta, después otras elecciones, más tarde la necesidad prioritaria de consolidar la democracia española, y a la poste la culpa fue de la derecha ucedea; y, en las vísperas del golpe del coronel Obiang, las excusas socialistas se centraban ya principalmente en la desunión de los grupos antimacistas, como último recurso para justificar una creciente insensibilidad.

**N**O seré yo quien niegue, puesto que los conozco de primera mano, los muchos fallos cometidos por la oposición a Macías, de la que dejé de formar parte activa —en el sentido de la militancia grupuscular, no en ningún otro— en 1978, y desde entonces no hago política. Tampoco hay por qué disimular que de aquella experiencia conservo, sobre todo, buenos amigos entre los socialistas españoles. Pero ninguno de estos factores puede impedir —al contrario— que nos preguntemos ahora mismo hasta cuándo seguiremos esperando a que se nos devuelva el paquete de cigarrillos negros, con filtro, que selló un compromiso de colaboración para lograr conjuntamente —en la medida de las posibilidades de cada parte— la conquista y consolidación de las libertades en ambos pueblos.

Si bien es cierto que algunas variables han quedado modificadas en el transcurso de estos nueve años (el PSOE es Gobier-

(Sigue en página 4) ●●●

### AL VUELTO

#### En la playa (II)

- Me parece a mí que, a este paso, lo vas a estropear todo.
- ¿Estropear qué?
- Las vacaciones, nuestra vida...
- Te encantan las tragedias.
- Me horrorizan. Por eso te estoy hablando así.
- ¿Y no sería mejor que siguieses leyendo esa novela de Nathalie Sarraute?
- Lo primero es lo primero.
- ¿Y qué es lo primero, si se puede saber?
- Que me digas de una vez por todas si te acuestas con ella o no.
- ¡Acabáramos!

YUKEL

## **Felipe nos debe un paquete de cigarrillos**

● ● ● (Viene de página 3)

no y *Macías* ya fue fusilado), no es menos cierto, desde este punto de vista, que de 1976 a la actualidad los temas guineanos se han devaluado conside-

rablemente, y no sólo por «culpa de los guineanos», sean los que mandan o los que protestan contra los que mandan, como seguramente sabe el señor presidente del Gobierno español. En política, como en los negocios y en cualquier actividad, hay que cumplir los compromisos, pagar las deudas, aunque se trate tan sólo de una cajetilla de tabaco negro con filtro.